

ciudad civil y como apoyo de la virtud privada. En otro tiempo le sostenía el instinto; al presente le consagra la opinión, y una misma fuerza secreta, por un trabajo insensible, es la que añade ahora la autoridad de la opinión á la presión del instinto. El sentido moral es el que, después de haberle conservado la fidelidad de las clases bajas, le ha conquistado el asentimiento de las altas inteligencias. El sentido moral es el que le hace pasar de la conciencia pública al mundo literario, y, de popular, le convierte en oficial.

V

Mirando de lejos la constitución inglesa, difícilmente se sospecharía esta inclinación pública; mirando de cerca la constitución, se ve en seguida. Parece un montón de privilegios, es decir: de injusticias consagradas; la verdad es que es un cuerpo de contratos, es decir, de derechos reconocidos. Cada cual tiene el suyo, grande ó pequeño, y le defiende con todas sus fuerzas. Mi tierra, mi hacienda, mi derecho garantizado por mi carta, sea el que fuere y como fuere, anticuado, indirecto, inútil, privado, público, á eso nadie tocará, ni rey, Lores, ni Comunes; si se trata de un escudo, le defenderé como un millón: lo que ahí está en juego es mi persona. Yo abandonaré mis negocios, perderé el tiempo, tiraré el dinero, formaré ligas, pagaré multas, iré á la cárcel, sucumbiré en la demanda. Poco importa: no habré cometido una cobardía, no habré bajado la cerviz ante la injusticia, no habré cedido un sólo átomo de mi derecho.

Por ese sentimiento se conquista y conserva la li-

bertad política. Ese sentimiento es el que, después de haber derribado á Carlos I y á Jacobo II, se formula en principios en la declaración de 1688, y se explica y razona en Loke (1). En el comienzo de toda sociedad, dice, hay que admitir como punto de partida la independencia del hombre. Cada cual tiene por naturaleza y primitivamente el derecho de adquirir, de juzgar, de castigar, de hacer la guerra, de gobernar su familia y su gente. La sociedad no es más que un contrato ulterior entre pequeños soberanos preestablecidos, que, habiendo tratado y transigido entre sí, «convienen en formar una comunidad para vivir tranquila y prósperamente unos con otros, para gozar con seguridad de sus bienes y defenderse mejor de los que no pertenecen á su liga. Los que están unidos en un sólo cuerpo y tienen una ley común y una judicatura á que poder apelar, juntamente con una autoridad para castigar á los delincuentes, viven en sociedad civil unos con otros (2).» Arbitrios y reglas de arbitraje: he ahí todo lo que su federación puede imponerles. Son hombres libres que, después de haber tratado entre sí, siguen siendo libres. Su asociación no funda sus derechos; los garantiza.—Y los actos oficiales apoyan aquí la teoría abstracta. Cuando el Parlamento declara vacante el trono, el primer argumento que aduce es que el rey ha violado «el contrato original», en cuya virtud era rey. Cuando los Comunes

(1) Hay que leer en sir Roberto Filmer la teoría reinante para ver de qué atolladero de vaciedades se salía. Decía sir Roberto Filmer que Adán había recibido al nacer una potestad real absoluta sobre todo el universo, y que en toda reunión de hombres había uno que era rey legítimo, como más próximo heredero de Adán.—Las ciencias morales se emancipan de la teología á la sazón.

(2) Locke, *Civil Government*.

entablan un proceso contra Sacheverell, es para sostener públicamente (1) que «la Constitución de Inglaterra se funda en un contrato, y que los súbditos de este reino, en sus diversas capacidades públicas y privadas, tienen un título tan legal á la posesión de los derechos que la ley les reconoce como el príncipe á la posesión de la corona.» Cuando Lord Chatam defiende la elección de Wilkes, es afirmando que «los derechos del último de los súbditos como los de los más grandes descansan en el mismo fundamento: la inviolabilidad de la ley común; y que, si el pueblo pierde sus derechos, los de los Pares no tardarán en ser insignificantes (2).» No es una suposición, ni una filosofía la que los funda; es un acto y un hecho: la Carta Magna, la Petición de los derechos, el acta del *habeas corpus* y todo el cuerpo de las leyes votadas por el Parlamento. Son derechos inscritos en pergaminos, consagrados en archivos, firmados, sellados, auténticos: el del labriego y el del príncipe aparecen estampados en la misma página, con la misma tinta, por el mismo amanuense; los dos se codean en esa vitela; la mano enguantada toca allí la mano callosa. Si son desiguales, no lo son más que por acuerdo recíproco; el rústico es tan señor en su cabaña, con su pan de centeno y sus nueve chelines semanales (3) como el duque de Marlborough en su Blenheim-Castle, con sus noventa mil libras esterlinas al año por cargos y pensiones.

He ahí hombres firmes y dispuestos á defenderse. Sigase ese sentimiento del derecho en el pormenor de la vida política; la fuerza del temperamento brutal y de las pasiones concentradas ó salvajes, viene á pres-

(1) Discurso del general Stanhope, uno de los *managers*.

(2) Discurso de Lord Chatam.

(3) Estimación de De Foe.

tarle armas. Si asistís á una elección, lo primero que veis son mesas repletas. La gente se atraca á costa del candidato; la cerveza, la ginebra y el aguardiente corren á raudales; las carotas se ponen encendidas. Pero, al mismo tiempo, se ponen furiosas. «A cada vaso que trasiegan, crece su animosidad. Mas de un buen hombre, que antes era tan inofensivo como un cordero, en cuanto se atiborra, es tan peligroso como una culebrina cargada» (1). El debate se trueca en lucha; el instinto batallador, una vez suelto, tiene necesidad de golpes. Los candidatos se ponen roncós de tanto gritar el uno contra el otro. Se los pasea en vilo con peligro de sus personas; la muchedumbre silba, aplaude y se enardece con el movimiento, la contradicción y la gresca; retumban las palabras patrióticas, la ira y la bebida hinchán las venas, se aprietan los puños, funcionan los garrotes, y pasiones de mastines manejan los grandes intereses del país; á nadie se le ocurra volverlas en su contra, porque á nadie respetarán, ni á Comunes, ni á Lores, ni al rey, y cuando el gobierno intente oprimir á un hombre á despecho de ellas, ellas obligarán al gobierno á derogar su ley.

No se las amordazará, porque se enorgullecen de no ser amordazadas. El orgullo se junta aquí al instinto para defender el derecho. Cada cual sabe que «su casa es su castillo», y que la ley vela á su puerta. Cada cual se dice que está al abrigo de la insolencia privada, que la arbitrariedad pública no llegará hasta él, que «cuenta con su cuerpo», que puede devolver golpe por golpe, herida por herida, que será juzgado por un jurado independiente y con arreglo á una ley co-

(1) Goldsmith.

mún á todos. En este país, dice Montesquieu, «aunque un hombre tuviese tantos enemigos como pelos en la cabeza, no le pasaría nada por eso. Como aquí las leyes no están hechas para un particular más bien que para otro, cada cual se mira como un monarca, y los hombres de esta nación son más bien confederados que conciudadanos». Y eso hasta el punto de «que apenas pasa día sin que alguien pierda el respeto al rey de Inglaterra..... Ultimamente Milady Bell Molineux mandó arrancar los árboles de una tierrecita que la reina había comprado para Kensington, y la puso pleito, sin haber consentido nunca, bajo ningún pretexto, avenirse con ella, é hizo esperar al secretario de la reina tres horas.....» Cuando vienen á Francia, se asombran de ver el régimen de la arbitrariedad, la Bastilla, las cartas selladas, un gentil hombre que no se atreve á residir en sus tierras, en el campo, por miedo al intendente, un caballero de la casa real que, por una cortadura al afeitarse, mata impunemente á un pobre barbero (1). En su patria «ningún ciudadano teme á ningún ciudadano». Hablad con cualquiera, y veréis hasta qué punto levanta su ánimo esa seguridad. Tal marinero que lleva á Voltaire en barca, se estima más que él y le mira con lástima al recibir su escudo. La enormidad del orgullo se revela á cada paso y en cada página. Un inglés, dice Chesterfield, se cree con fuerzas para vencer á tres franceses. No vacilarían en afirmar que, en el rebaño de los hombres, son como toros en una bueyada. Los veréis engreídos con sus puñadas, con su carne, con su cerveza, con todo lo que puede alimentar la fuerza y el ímpetu de la voluntad viril. «El *roastbeef* y la

(1) Smollett, *Peregrine Pickle*.

cerveza (1) crian brazos más fuertes que el agua clara y las ranas». A los ojos de la multitud, sus vecinos son peluqueros hambrientos, papistas y siervos, especie de seres inferiores que no tienen ni la propiedad de sus cuerpos ni el gobierno de sus conciencias, muñecos y máquinas en manos de un amo y de un sacerdote. Ellos, por su parte, son «los príncipes de la especie humana». «Yo los veo pasar, con el orgullo retratado en su porte, con el desafío pintado en los ojos, con la mirada puesta en altos designios. Las formas no los han afinado; salen intactos de manos de la naturaleza, revelando en su altivez la intrepidez nativa de sus almas, y permaneciendo fieles á lo que creen justo contra toda imposición; hasta el rústico mismo se vanagloria de velar por sus derechos y aprende á venerar su título de hombre (2).»

Hombres así pueden apasionarse por los asuntos públicos, porque son sus asuntos; en Francia no lo son más que del rey y de Mme. de Pompadour (3). Aquí los partidos son tan ardientes como las sectas: adeptos de la Iglesia alta y de la baja, capitalistas y propietarios territoriales, nobleza cortesana y rural tienen sus dogmas, sus teorías, sus costumbres y sus odios, como los presbiterianos, los anglicanos y los cuáqueros. El *squire* campesino vocifera después de beber contra la casa de Hannover, y brinda por el rey ausente; el whig de la ciudad brinda el 13 de Enero por el enmascarado (4), y después por el hombre que

(1) Hogarth.

(2) Goldsmith.

(3) Lord Chesterfield dice que un francés de entonces no entiende la palabra patria, y que es preciso hablarle de su príncipe.

(4) El ejecutor de Carlos I.

haga lo mismo sin disfraz. Cada partido, á su vez, ha encarcelado, desterrado, decapitado á los del partido opuesto, y el furor de sus invectivas atruena el Parlamento diariamente. La vida política, como la vida religiosa, rebosa y se desborda, y sus explosiones no hacen más que indicar la fuerza de la llama que la alimenta. La lucha enconada de los partidos, en el Estado como en la Iglesia, es una prueba de celo; en otros lados, la tranquilidad constante no es más que la indiferencia general, y si se riñe en las elecciones, es porque se toman con interés las elecciones. Aquí «un trastejador hace que le lleven el periódico á los tejados para leerle». Un extranjero que leyese los periódicos, «creería al país en vísperas de una revolución». Cuando el Gobierno da un paso, el público se considera comprometido en él; están en juego su honor y sus intereses; ya puede ver el ministro lo que hace. En Francia, M. de Conflans, que por cobardía ha perdido su flota, sale del paso sin más consecuencias que un epigrama; aquí el almirante Byng, que por prudencia no ha querido exponer la suya, es pasado por las armas. Cada cual, según su condición y su fuerza, toma parte en la cosa pública; el populacho rompe la cabeza á los que no quieren beber á la salud de Sacheverell; los señores salen á su encuentro en cabalgata. Siempre algún favorito ó enemigo público provoca demostraciones públicas. Ya se aclama á Pitt; ya se silba á Grenville al salir de la Cámara; ora se ataca el palacio del duque de Bedford, que no puede ser defendido más que por una guarnición de infantería y caballería; ora se defiende á Wilkes contra el Gobierno que había secuestrado sus papeles, y el Jurado le asigna una indemnización de mil *pounds*. Todas las mañanas, periódicos y folletos vienen á dis-

cutir los asuntos, á juzgar los caracteres, á denostar por su nombre á los lores, á los oradores, á los ministros, al mismo rey. El que quiere hablar, habla. En medio de ese tumulto de escritos y de Ligas, la opinión toma cuerpo, se encrespa como una ola, y cayendo sobre el Parlamento y la corte, ahoga las intrigas y barre los disentimientos. En el fondo, ella es la que gobierna. Por mucho tesón que tenga el rey; por muchas coaliciones que formen los grandes, en cuanto se la oye rugir, todo se doblega ó cruje. Los dos Pitts no suben tanto sino porque ella los sostiene, y la independencia del individuo conduce á la soberanía de la nación.

En semejante estado de cosas, «siendo libres todas las pasiones, el odio, la envidia, los celos, el afán de enriquecerse y distinguirse, aparecen en toda su extensión» (1). Júzguese de la fuerza y de la savia con que debe implantarse y vegetar la elocuencia. Por primera vez desde la ruina de la antigua tribuna, ha encontrado el suelo en que puede arraigar y vivir, y brota una multitud de oradores, igual, por la diversidad de los talentos, por la energía de las convicciones y por la magnificencia del estilo, á la que cubrió en otros días la *agora* griega y el *forum* romano. Hacía mucho tiempo que la libertad de discusión, la experiencia de los negocios, la entidad de los intereses ventilados y la magnitud de las recompensas ofrecidas parecían haber provocado su crecimiento; pero abortaba, presa en la pedantería teológica ó en las preocupaciones locales, y el secreto de las sesiones parlamentarias la quitaba la mitad de su fuerza, privándole de la plenitud de la luz. En esto brilla la luz; una

(1) Montesquieu, lib. XIX, cap. XXVII.

publicidad, incompleta primero, completa después, da al Parlamento por auditorio la nación. El discurso se eleva y se ensancha al par que el público se desbasta y multiplica. El arte clásico, llegado á la perfección, trae el métdo y los desarrollos. La cultura moderna introduce en el razonamiento técnico la libertad de las conversaciones y la amplitud de las ideas generales. En vez de argumentar, los políticos conversan; de procuradores que eran, pasan á ser oradores. Con Addison, con Steele y Swift, invaden la polémica, el gusto y el genio. Voltaire no sabe «si las arengas meditadas que se pronunciaban antiguamente en Atenas y en Roma aventajan á los discursos sin preparación del caballero Windham, de Lord Carteret y de sus rivales». En fin, el discurso acaba por romper con la sequedad de las cuestiones especiales y la frialdad de la acción acompasada (1) que le habían comprimido durante tanto tiempo; despliega audaz é irregularmente su fuerza y su lujo, y enfrente de los atildados abates de salón que aderezan en Francia cumplidos de academia, se ve aparecer la varonil elocuencia de Junius, de Lord Chatham, de Fox, de Pitt, de Burke y de Sheridan.

No tengo que contar sus vidas, ni describir sus caracteres; haría falta entrar en pormenores políticos. Tres de ellos, Lord Chatham, Fox y Pitt, fueron ministros (2), y su elocuencia forma parte de su poder y de su acción: es tema que corresponde á los que expliquen los asuntos que dirigieron; yo no puedo hacer más que señalar su tono y su acento.

(1) Juicio de Addison.

(2) Junius escribió ocultándose tras el anónimo, y los críticos no han podido aún determinar con certidumbre su verdadero nombre.

Un hálito extraordinario, una especie de vibración de voluntad briosa, circula al través de todos esos discursos. Los que hablan son hombres, y hablan como si combatiesen. Ni respetos, ni cortesía, ni mesura. Van desencadenados, se abandonan, se precipitan, y, si se contienen, no es sino para herir más despiadadamente y con más fuerza. Cuando Pitt llena por primera vez la Cámara de los Comunes con su voz vibrante, tenía su indomable audacia. En vano trató Walpole «de amordazarle» y anonadarle; su sarcasmo le fué devuelto con prodigalidad de ultrajes, y el omnipotente ministro bajó la cabeza, abofeteado por la verdad del punzante insulto que el joven le infería. Un orgullo no superado más que por el de su hijo, una arrogancia que reducía á sus colegas á la condición de subalternos, un patriotismo romano que reclamaba para Inglaterra la tiranía universal, una ambición que prodigaba el dinero y los hombres, comunicaba á la nación su rapacidad y su ardimiento, y no veía reposo más que en las perspectivas lejanas de la gloria deslumbradora y del poderío ilimitado, una imaginación que transportaba al Parlamento la vehemencia de la declamación teatral, las explosiones de la inspiración súbita, la temeridad de las imágenes poéticas: he ahí las fuentes de su elocuencia.

«Ayer aún Inglaterra hubiese podido hacerse firme contra el mundo; hoy «nadie tan pobre que la tribute homenaje...» Milores, vosotros no podéis conquistar á América. Al fin no tendremos más remedio que retractarnos; retractémonos ahora que aún podemos hacerlo nosotros, antes que nos obliguen. Digo que debemos revocar necesariamente esas actas violentas y opresivas; tienen que ser anuladas, las anularéis, hago de ello un compromiso de honor; acabaréis